

Baroja o la comedia imperial

CÉSAR PÉREZ GRACIA *

Pío Baroja (1872-1956) publicó su novela *Las tragedias grotescas* hace un siglo, en 1907. La novela transcurre en el París de Napoleón III y Eugenia de Montijo, su esposa española. Sus protagonistas son un grupo de españoles exiliados. El tono de la novela emana ese peculiar desparpajo narrativo del autor, unido a una especie de cinismo naif, que le permite contar las cosas desde una omnisciencia jovial.

El hormiguero imperial parisino fascina a Baroja. Tenemos la impresión de visitar el París de Baudelaire y Flaubert desde una perspectiva insólita, la española o barojiana, es decir, un romanticismo tardío. Gracias a Azorín y Baroja tenemos buenas novelas románticas del XIX. Las tertulias españolas de refugiados son su hontanar novelesco. Carlistas, liberales, isabelinos, revolucionarios del 68, republicanos. Vemos el París de Isabel II en el exilio, ese París con dos españolonas de ringorrango, la emperatriz Eugenia y la Isabelona Borbón.

Pero veamos con detalle la novela. A Baroja le encanta combinar bocetos de

paisaje y buenas conversaciones, a veces rifirrafes dialécticos. La novela arranca con un París otoñal, y con el personaje Fausto Bengoa. En pocas novelas conocemos mejor París, o mejor dicho, el París raro o a trasmano. Don Fausto y su amigo Carlos Yarza se patean la ciudad de cabo a rabo. Hay un barrio de curtidores cerca de los Gobelinos que les recuerda Venecia.

La novela comienza a abrirse a nuevos personajes. El capítulo III se titula *Americanos*, uno de ellos es el mulato Aníbal Orantes. Es uno de los pretendientes de la hija de Fausto, Rita. Otro es Mellado, que Baroja perfila magistralmente.

“Era Mellado un hombre sin tendencia analítica alguna, vanidoso y sensual”. Remata su retrato con contundencia: “tenía el alma de un torero que hubiese sido capataz de negros”. Quizá aquí le falla el trazo, no acaba uno de ver al personaje en ese híbrido de Lagartijo e indiano negrero.

El capítulo IV se abre con el retrato de Carlos Yarza como hombre fuerte, digamos el Borgia menor de la novela. El padre de Yarza se arruinó en la guerra

* Escritor.

carlista por apoyar a Carlos V, se exilian a París y allí malviven o sobreviven como pueden, padre e hijo. Yarza se convierte en traductor, tras colaborar en una enciclopedia, con un cura renegado sudamericano, llamado Salcedo.

Padre e hijo no congeniaban y tenían violentas disputas. Yarza se convierte en un latinista, capaz de encontrar paralelos entre el Catilina de Salustio y los políticos del XIX, Blanqui, Mazzini.

Seguimos viendo, conociendo más rincones nuevos de ese París recóndito de Baroja. La Cour de Rohan. La novela tiene 160 páginas en la edición de Austral.

Día de nieve. Baroja dibuja la estampa de París bajo una gran nevada, como si fuese una novela rusa de Dostoievski. Pero lo barojiano suele ser con frecuencia una mezcla de paisaje lírico y dialéctica agresiva. Por ejemplo, la idea de la supremacía en los vicios, digna de Nietzsche. Cuando se tiene la supremacía en las ciencias o las artes, se tiene también en los vicios, sostiene Madame Savigny, una especie de oráculo con faldas del París barojiano de Eugenia de Montijo. Hay una expresión que sintetiza bien la querencia dialéctica barojiana: "aplantar al contradictor". El arte de Baroja consiste en hacer discutir a los personajes. Baroja o la eterna discusión, podría ser un buen título de ensayo. Pero su encanto consiste en lograr que tras los rifirrafes afloren islotes de un estoicismo melancólico.

El diálogo entre Yarza y Asunción es un buen ejemplo.

"-Yo digo la verdad nada más.

-Si a usted o a mí nos dijeran la verdad, probablemente nos molestaría.

-A mí no.

-A usted también. Usted, como todo el mundo, hace una porción de ridiculeces, y le molestaría que se las dijese."

Baroja se identifica claramente con Yarza, al conseguir sulfurar a Asunción, que lo crucifica vivo como: soberbio, canalla, ruin.

Yarza se calla ante el chaparrón, y Barojanos dice que está "regocijado interiormente".

Ha hecho mella, diana, en su contrincante dialéctico. Asunción está que trina.

Una parte de la verdad no es toda la verdad.

Yarza quiere decir la última palabra con este aforismo hegeliano, acaso escuchado al mozo Ortega, filósofo precoz hacia 1907, cuando apenas había reseñado una sonata de Valle-Inclán, pero ya era el mejor crítico literario de ese primer decenio del siglo XX.

Ricardo Baroja, hermano del novelista, fue un gran grabador, de ahí el conocimiento y afinidad por ese mundo estético. En Baroja se da esa curiosa mezcla de interpretación científica, por su oficio de médico rural, y de afición a las artes, la literatura, la música, el grabado. Como si fuese un híbrido de Cajal y Picasso.

La mitificación de las ciudades remotas

Y de pronto, en uno de los deambulajes o caminatas por París, Baroja pierde el oremus, y se cree que está en una calle de Segovia o Toledo. ¿Cómo puede ser esto? ¿Acaso la gracia del viaje reside en propiciar delirios geográficos? Sucede en la página 112, en una calleja de tapias conventuales, la calle de Postas. Hace un año, tras pasar una semana en Madrid, tuve la tentación de creer que el Madrid barojiano se había esfumado sin dejar huella. Vana ilusión. Me bastó visitar una feria de anticuarios en el Jarama para constatar que la fauna barojiana de Madrid estaba allí en todo su esplendor y deliciosa vulgaridad. Esto quiere decir que el misterio de las ciudades no emana de sus edificios y bulevares, sino de sus

gentes. La riqueza de un país es su pueblo, su gente real, sin máscaras o disfraces. Algo de todo esto sabemos los españoles. Cervantes coló de rondón la España real en Don Quijote, de una forma que todavía asombra a sus buenos lectores. Lo mismo sucede en los cartones de Goya, espejo de la España de Carlos III. Por supuesto, también sucede en las novelas de Galdós. Véase el episodio Bodas Reales. El propio Baroja se percató de ese misterio de la pululación masiva de personajes secundarios y pobló sus novelas de ese río de tipos pintorescos. Una especie de Daumier barojiano. Azorín es más lírico, más Beruete. Unamuno es más abstracto y huesudo. El más afín en ese sentido de mundo pululante y charlatán, es Valle-Inclán con su admirable Ruedo Ibérico. Pero volvamos a la cavilación inicial de esta pesquisa o esbozo de ensayo. No recuerdo la página exacta de la novela, pero en cierto momento, don Fausto se quita la venda de su fascinación por París, y comprende que tiene que volver a Madrid.

En otra escala, en otro nivel, Kant nos descubrió el significado profundo de lo que significa despertar del sueño dogmático. Desde los trágicos griegos sabemos que las pasiones ciegan. Los mitos son los sueños dogmáticos de cada país. Ver la realidad tiene algo de experiencia de ida y vuelta. De ahí que se diga estar de vuelta de las cosas. Para saber que como en casa no se está en ningún sitio, es menester haber viajado mucho. Descartes fue gran viajero, pocos más franceses que él, y se pasó media vida en Holanda y murió en Estocolmo. Uno de sus preciosos aforismos en su Discours dice que cuando se viaja mucho, se corre el peligro de ser forastero en el propio país. Baroja se definió en cierta ocasión como un fauno reumático que ha leído a Kant. Buen amigo de Ortega, ambos viajaron mucho por la España profunda. Con el tiempo se distanciaron y Baroja fue injusto en sus Memorias en la valoración de Ortega.

Cuando murió Ortega, Baroja quiso rectificar. Me lo contó Julián Marías, lo citó en su casa a través de un amigo, para hablar despacio de Ortega.

Las ciudades son las sirenas del mundo. Una de las novelas barojianas, dedicada a Nápoles, se llama El laberinto de las sirenas. Cada ciudad nueva, cada mujer que cruza ante nosotros, son como mitos o sirenas, sueños dogmáticos fulminantes. ¿No somos las personas en buena medida víctimas propiciatorias de las veleidades empíricas, de ataques repentinos de personalidad ilusoria?

Yo podría vivir en Pekín, saber sánscrito o ser un atleta consumado. Pero, mira por donde, vivo en Zaragoza, hablo español y estoy hecho unos zorros. Tanto Baroja, en su modo de novelar, como Kant y Ortega, nos han enseñado a respetar la realidad por muy cruda o dura que sea. El primer paso es saber mirarla sin miedo. El segundo y más valioso, es saber contarla, al precio que sea. Esto es fácil decirlo, llevarlo a término es otro cantar.